

Director
ALFREDO MELOSSI
Redactor
AUGUSTO G. THOMSON
Dibujante
SANTIAGO PULGAR

INSTANTÁNEAS DE

LUZ Y SOMBRA

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

Por un año..... \$ 5.00
Por un semestre. 2.50
Número suelto.... 0.10
Id. atrasado 0.20

SEMANARIO ARTÍSTICO, LITERARIO, FESTIVO Y DE ACTUALIDADES
ES PROPIEDAD

Año II

Santiago, 12 de Mayo de 1901

Núm. 60

LOS 21.—V.—ERNESTO MOLINA

Hércules hilando espumas—Molina, aquel majestuoso agareno de talla imponente, de facciones broncadas y de negra barba, borda arabescos, con la fina debilidad de sus pinceles, salpicando las telas de un sutil polvo deslumbrante como si las chispas de muchas piedras preciosas esmaltasen el iris de su paleta.

Dejado así, en sus cuadros de refinamiento oriental, con todos los desmayos y todos los encantos de la pintura italiana. Impregnaos en el misterio de los harems, en la penumbra de las mezquitas, en las voluptuosidades de las alcobas moriscas, y bañad todo aquello con el ambiente azul de Nápoles, un azul blanquecino como si las cenizas de algun Vesubio misterioso empalidesciesen la luz y tamizasen los dorados reflejos del sol de mediodía, el triunfante sol que hace arder la llama del amor en las negras pupilas de las mujeres: *eso os faltaba, contemplad, como joya de aquel engaste, la napolitana de largas y sedosas pestañas y de inmensos pendientes de oro antiguo, ó la veneciana de porte altivo, de mano breve y cabellos de tinieblas, y tendréis un cuadro de Ernesto Molina cualquiera. Sobre la azotea!... En los bazares!...*

También es de su estilo la semi-obscuridad mística de los templos cristianos, los viejos coros de las catedrales españolas con sus rejas de complicados mosaicos, balausterios festoneados, largos claustros sombríos, sin más luz que la de una lejana entrada de sacristía, hermosos altares con frescos italianos, espléndidos de mármoles y encajes de alabastos; entonces esculpe el pincel del artista sin que se desaperciba en la rápida impresión, el detalle más perdido, casi femenino de toda esa delicada filigrana de tallados y de relieves.

Y en aquella factura menuda que percibe los más débiles tonos, la más sutil orfebrería, no hay nada de cansancio, nada de vista fatigada, de atención prolija y dominante; el pintor lo ve todo naturalmente, con su visual de miniaturista y de refinado.

Sin embargo, de esta minucia sus paisajes dan la impresión total, talvez más débil pero más exacta seguramente; son esos sus paisajes de una melancolía gris: notas pluviosas, campos araucanos, como si llorase el cielo sobre la muerte de la raza, nadie como Molina ha estudiado el viejo y heroico Arauco, con sus costumbres casi primitivas cada día atenuadas por la civilización, con su injenuidad y su grandeza, desgastada, viciada, y empequeñecida rápidamente, por el roce continuo con razas pequeñas y viciosas.

Ah! el aún fuerte Arauco que conociera Molina en su viaje del 81 ha desaparecido; hoy, sólo ruinas decrepitas quedan de aquellas ruinas gloriosas de otras edades, hondo apesaramiento embarga al artista, cuando en la mudez de la noche, en la sombra de su opulento y amplio taller, hemos conversado de todas aquellas grandes cosas que se lleva la civilización, reliquias y costumbres, viejos templos de la colonia, hermosos en su puro y severo estilo, afeitados hoy por cualquier arquitecto enyesador, razas fuertes en cavalladas, decrepidadas por el alcohol, el terrible *pilitun* del pobre Arauco supersticioso y gigantesco, aquel Arauco que ya no es el de Alonso de Ercilla ni el de Hurtado de Mendoza.

Volvió ahora el pintor, desolado de su escursión, y, aferrándose angustiosamente á las últimas costumbres aborígenes que aun se conservan en aquel naufragio de un pueblo, hizo estudios para su gran cuadro *La Machi*,—la *Meica*, que cura por arte de brujerías y de intimaciones,—obra de aliento, aun en caballete, que es también una obra de alto patriotismo.

En los retratos, su manera es suelta, se amplifica, reciente ha estado su discutido retrato de él mismo, exhibido en el último SALÓN, el de GERY (año 99) y el notable del doctor Miquel, que le valió la ya mucho tiempo ganada medalla de primera clase.

En cuestión premios, la Comisión de Bellas Artes ha sido avara siempre con el maestro, talmente como es desprendida para con algunos otros artistas, de mucho menor mérito, que no han dedicado á su arte el estudio paciente y constante que, en museos nacionales y extranjeros, ha desplegado Molina, desde tantos años. A su estadía en Europa debemos varias y buenas copias de notables cuadros celeberrimos, entre ellos recordamos *Los Mártires de Holanda*, cuya fiel reducción enriquece nuestro museo.

Allí existen también, de sus aprovechados viajes, telas originales, cuadros costumbristas, llenos de traza y de sentimiento; profundamente impresionante, su *Vendedora de fósforos* con el niño enfermo, sentido de frío, que se aduerme en el día gris, reclinado sobre el último peldaño de la ostentosa escalinata exterior.

Sábidos desalientos hacen presa del artista; ante las mezquindades que lo rodean, debe pensar filosóficamente Molina que ellos son el triste y obligado cortejo del que posee algún talento en nuestra tierra bien amada patria.

AUGUSTO G. THOMSON